

FR. GERUNDIO.

*Si quis dixerit aliquid alicuando
aliquáliter vel aliquo modo factu-
rum esse ut Fr. Gerundius Capilla-
das non casquet, nisi phisica vel
moralis impossibilitas, anathema sit.*

Si alguno digere que alguna cosa
en algun tiempo de algun modo
ha de retraer á Fr. Gerundio: de
gerundiar, sino que le sea física
ó moralmente imposible, le arrimo
un papirotazo que en su vida le
habrá mamado mejor.

CONC. GERUND.

AHORA YA NO GERUNDIARÁ.

*Ahora ya sí gerundiará. Esto último lo di-
go yó Fr. Gerundio con motivo de haber oido*

decir aquello primero. ¿Y dónde lo oí? Al pasar por delante de un establecimiento, en donde pocos días antes había recibido una prueba *luminosa* de las deferencias que se rinden á Fr. Gerundio, colocando en la mesa donde él se sentó á beber, dos velas de cera que parecían dos cirios pascuales mientras á dos señoras que bebían en la mesa contigua alumbraban dos cabos de velas de sebo. Todos los concurrentes confesaron que era una prueba á todas luces del respeto y sacrosanta veneracion que se profesa á Fr. Gerundio. Si dejára de gerundiar, puede que le alumbráran con un candil. No señor, no; no conviene.

Lo oí en donde el temor de una capillada hace que no falte el surtido de bebidas que antes escaseaba, hállandose ya á cualquier hora. Cuántas de estas mejoras ha producido ya el temor de las capilladas! Y todavía hay quien diga: *ya no gerundiara!*—Si gerundiará: y gerundiaría el primero á quien tal blasfemia dijo, si le hubie-ra conocido. Gerundiará como hasta aqui, mas que hasta aqui, á todo el que se separe el paso de una hormiga del sendero estrecho de la salvacion; de modo que ha de llegar el caso de ver á cada esquina en lugar de aquel tremendo recuerdo que se hace á los cristianos:

Mira que te mira Dios,
mira que te está mirando,

mira que te has de morir,
mira que no sabes cuando!

este otro imponente aviso en letras tan gordas como ovejas preñadas:

Mira que hay un Fr. Gerundio!!
mira que te está observando!!!
mira que habrá Capillada!!!!
mira que.....!!!!!!

Reticencia que haria temblar á aquel *qui nunquam timuit*, si es cierto que le hubo, lo cual probaria que en su tiempo no hubo un Fr. Gerundio como el que hay ahora, porque sinó claro está que hubiera temido.

Despues me han dicho que esa espresion *ahora ya no gerundiará*, se ha repetido en tertulias, en cafés y en paseos; en la ciudad y fuera de ella, en la provincia y fuera de ella: ¡cosas de muchachos!

Para juzgar así se fundan, segun tengo entendido, en que habiendo merecido Fr. Gerundio la confianza de S. M. y del Gobierno para cometerle un cargo en que han creido que podrá ser útil á la patria, y que le dejará poquísimas horas libres para dedicarse á gerundiar, unos tienen por absolutamente incompatible toda otra ocupacion, y otros creen que las pünzantes saetas, y puntiagudas sátiras que hasta ahora ha apestado Fr. Ge-

rundio se han de convertir en jaculatorias al gobierno, en laudatorias del poder.

En cuanto á lo primero, sepan los que tal piensan que se me va haciendo ya tan familiar el gerundiar, que así como á Ovidio le sucedia despues de haber jurado no hacer mas versos, que todo lo que hablaba, naturalmente le salia en verso, y hasta el mismo juramento de no versificar era un verso,

juro, juro mater nunquam componere versus.

.....
et quod tentabam dicere versus erat,

así me sucede á mí Fr. Gerundio, que me pongo muchas veces á escribir una carta de enhorabuena y me sale una Capillada; voy á acusar el recibo de otra, y me encuentro con que escribí un artículo de entrada con su cánón: *et quod tentabam scribere capillada erat.* Con tal que me quede tiempo para comer, lo tendré para gerundiar: á cuyo fin he aprendido á comer con la mano izquierda, de modo que la derecha me queda libre para escribir; con tal que á cada bocado con la izquierda pueda corresponder una línea con la derecha, estoy en grande. Y si me queda lugar para dar un pascito, como á todo fiel cristiano se le debe permitir, todo lo hace llevar un lapicero para ir apuntando ligeras observaciones, de forma que cuando vuelva á casa me encuentre ya con la pe-

pitoria hecha. Con que por esta parte no hay envidia.

En cuanto á lo segundo, entiendan los que así juzgan que Fr. Gerundio jamás adulará al poder; si encuentra actos ó disposiciones que elogiar, lo hará ligeramente, porque no es ese el tema de sus sermones; si encuentra que censurar, lo hará mas detenidamente, porque esa es la obligación que se ha impuesto. De este propósito, ni consideraciones, ni premios, ni amenazas, ni ascensos, ni caídas, ni el temor del porvenir, ni la esperanza de lo futuro, le podrán apartar: verdades como puños prometió decir, y verdades como puños dirá, cediendo solo á una imposibilidad física ó moral de continuar, de lo cual se avisaría al público.

Ni los gobernantes, si son hombres *de cuenta y rason*, deben llevar á mal que se denuncien sus errores, que se critiquen sus actos y providencias ó injustas ó inoportunas, con tal que se haga con cierto decoro y cierto respetillo... así con cierta humildad, y con quien no llega á ello: en fin de modo que parezca que no es pecado, pero que el resultado sea gerundiar. Voy á explicarme con un ejemplo.

Una buena madre tenia una buena hija muy simple y muy altanera de ojos; no habia forma de bajarlos en casa, en la calle, ni en la iglesia; todo lo veia, todo lo registraba: matábase la madre por quitarla tan mala costumbre, acordándo-

la continuamente que no había cosa mas mal parecida en una jóven: á cada paso la decia, *Mariquita, esos ojos*. Pasaban por la calle, y si se encontraban con algun jóven, luego le parecia á la madre que le miraba con interés, y la repetia, *esos ojos, Mariquita*. En misa regularmente se colocaba su madre en disposicion de poder observarla y hablarla; y nunca se llegaba al *sanctus* sin que la *buena madre* dejase de decirla, dándola suavemente con el codo; *Mariquita, esos ojos*. Tanto la inculcó sobre esto, que persuadida la simple muchacha á que no habia otra cosa mala en el mundo mas que levantar los ojos, dió en el extremo contrario. No se puede ponderar el consuelo que en ello tenia la *buena madre*. Pero como un día la encontrase en cierta travesura (de no muy buena especie) la reprendió con la severidad que el caso pedia: y ¿qué respondió *la buena de la hija*? «*pues madre, no reparó V. que lo estaba haciendo con los ojos bajos?*»

Lo mismo es Fr. Gerundio que la Mariquita de los ojos bajos; parece que se hicieron el uno para el otro, Gerundiando con los ojos bajos, esto es, sin desconocer el respetillo que se debe á quien manda, creo que no habrá por qué reprenderme. Mas diré; si aun el gerundiar con los ojos bajos no acomoda, no tengo inconveniente en cerrarlos del todo al tiempo de dar cada Capillada, y gerundiar á *cierra-ojos*.



Y CAYÓ POR TERCERA VEZ EN TIERRA.

¡ALABADO SEA MI DIOS!

Tengo el gusto de anunciar al público, yo Fr. Gerundio, que el día que los facciosos tuvieron la temeridad de presentarse á la vista de Madrid, no hubo mas desgracia dentro de la corte que haber caido en tierra nuestro Redentor (alabado sea mi Dios!); no nuestro Redentor Jesucristo, que por ahora no puede estar de humor de andar por Madrid; sino nuestro Redentor Mendizabal; no el que fue crucificado, sino el que nos ha crucificado; no el Altísimo de los cielos, sino el altísimo de la tierra. ¿Y quién le hizo caer? No un Israelita, sino un ex-realista (alabado sea mi Dios!). ¿Y en dónde cayó? No en la calle de la Amargura, sino en la calle de la Montera (alabado sea mi Dios!). ¿Y cómo cayó? No con la cruz áuestas, sino con el fusil al hombro (alabado sea mi Dios!). Contemplad, almas piadosas, en esta tercera estacion, como habiéndose aparecido un ex-realista en la Puerta del Sol de Madrid el día que el Pretendiente quiso hacer de persona delante de la capital de la monarquía, y habiendo contestado imprudentemente á una pregunta que le hizo un nacional, viendo á este preparado á enseñarle comedimiento con el sable, echó á correr huyendo por la calle de la

Montera, y tropezando con la humanidad infinita de nuestro D. Juan, dió con él en el suelo (alabado sea mi Dios!); y se llenó de contusiones su rostro (alabado sea mi Dios!)

Apenas lo leí, yo Fr. Gerundio, cuando además de las exclamaciones que llevo hechas por la pasión de nuestro Redentor, me empezaron á fluir las lágrimas por las mejillas abajo con tanta abundancia, que revalsando en mi poblada barba, mi rostro parecia un gran lago, y mi pomposa nariz semejaba una fragata auclada sin velas y sin cordaje: al tiempo que el agua que se iba filtrando por entre las barbas caía por el escapulario y faldas del santo hábito, al modo que destilan gruesas gotas de las hojas de un árbol que acaba de recoger copiosa lluvia. Porque es de saber que el corazón de Fr. Gerundio tanto como es animoso y varonil para trabajar por la caída política del mas poderoso y elevado mandon, tanto ticue de blando, apocado y tierno para conmovirse de la caída de un caído. Sea todo por amor de Dios! ¿No conoceria el imprudente Israelita que es imposible pasar por una calle donde esté Mendizabal sin tropezar con él? Una de dos: ó el que huía, iba tan atarugado y tan ciego que no hubiera visto el convento del Escorial que se hubiera puesto por delante, ó sin duda atisbó algun claro por entre la abertura de su entrepierna, y si habia leído ó oído que por entre las piernas del coloso de Rodas pasan sin trope-

zar grandes emborcaciones, creeria que mucho mejor se le compondria á él hallar entrada y salida por el callejon que formaria el compás de las Mendizabalescas prolongadas piernas. Lo cierto es que cayó, y obstruyó la calle, como no podia menos de suceder. Si Fr. Gerundio hubiera estado cerca, de buena gana le hubiera tendido la mano de amigo para ayudarle á levantar, aunque el resultado siempre hubiera sido vencer á Fr. Gerundio con su peso y caer tambien: y cate V. un raro medio de ponerse Fr. Gerundio sobre Mendizabal: si los resultados de una caída nadie sabe á donde pueden llegar!

Opinan algunos que la causa de su caída debió ser algun resvalon, porque dicen (cuidado que yo no lo he visto) que las aceras ó losas de la calle de la Montera están muy resvaladizas en fuerza de muy gastadas. Empeñado Mendizabal en que ha de andar siempre por lo mas resvaladizo y menos seguro; ¿qué ha de hacer mas que caer?—Otros piensan que estaria distraido contemplando cuantas veces habrian meditado en aquella calle los estatutistas el modo de armarle una zancadilla para que cayese. Si es así, no lo extraño; porque un hombre entretenido cae muy fácilmente. Pero esta caída es bien seguro que ni los estatutistas, ni los carlistas, ni él la habian previsto. Desengañémonos; nadie se puede contar seguro; el hombre cae cuando menos se piensa.

EL POLVO.

Como somos hechos de polvo, y en polvo nos hemos de convertir, siempre hemos dado los hombres mucha importancia al *polvo*; y no hay un sentido de los muchos en que se toma la palabra *polvo*, que no tenga una significacion ó importante, ó profunda, ó misteriosa, ó picaresca. Apuesto á que una no pequeña parte de mis lectores está ya con su imaginacion repasando el significado mas picaresco que pueda tener. Si fueran como Fr. Gerundio... ¡inocente! ni tampoco entiende una palabra que envuelva un poco de malicia!

Así pues con la sencillez y naturalidad que arrojan todos sus escritos, no puede dejar de advertir que se dice muchas veces, al ver el lodo en que nos hallamos metidos (porque aunque estamos en la estacion de la canícula, es menester confesar que al paso que se llenan las sandalias de polvo estamos atascados en un lodazal del que no sé como saldremos);; válgame Dios, señor, válgame, Dios! *de aquellos polvos vinieron estos lodos*. Que hay lodos es innegable, de qué polvos se hayan formado, están divididos los autores. Unos opinan que vinieron de la polvareda que se levantó el verano pasado, como estuvo tan logucado y tan seco. Otros que de los polvos de fusion mezclados con agua tibia y esencia de *rosa*. Otros que del polvo que levantaban los coches de los grandes de Es-

pañá y los mantos que arrastraban los Próceres. Otros que del polvo que se debió sacudir con tiempo y no se sacudió. Otros que del polvo que levantan por los caminos los zapatos ingleses. Otros que del polvo que ha llevado el dinero desde que ciertos polvoristas se encargaron de acepillarnos. Y otros en fin que de los polvos de la madre Celestina que usaba un jugador de manos para esconder los cubiletos entre los dedos y hacerlos pasar de unas manos á otras sin que nadie se percatase. Fr. Gerundio no necesita tener los polvos de adivinache para conocer de qué polvos nos vinieron estos lodos, ni es ya lo que importa averiguar cómo la raposa cayó en el pozo, sino el ver como se la saca, ver como salimos del lodo, del atolladero.

Por otra parte mientras nosotros nos vemos atascados en este atolladero que de nuestros mismos polvos hemos formado, ve Fr. Gerundio el polvo que la facción va levantando; ¿cómo se hace lodo ese polvo hasta atollarla en él? No regándole con el agua de colonia de los indultos como hasta aquí, no raciándole con asperges é hisopadas que esparzan las gotas de agua unas aquí y otras allá, no con el mata-polvo y llovizneo de una pequeña nubecilla de tropas, sino con una repentina manga de agua en cada dirección, con nubes cerradas que de repente descarguen rios de agua, granizo, y ruedas de molino sobre las masas empolvantes. Descuidarse en ha-

ser esto, seguir con el hisopo y el agua bendita y el *fugite partes adversæ*, y el polvo nos ahogará.

El polvo en todos tiempos se miró como el símbolo del juicio: y una prueba de ello es el polvito de ceniza que sobre nuestras frentes se derrama á la entrada del tiempo de penitencia como un signo de que pasó el de las locuras. Mucha nos puede querer Dios cuando no ha permitido que los carlistas nos pongan la ceniza despues de tantas locuras como hemos hecho; y por lo visto ya ni ellos nos la ponen, ni nosotros ajuiciamos nunca, porque la cuaresma ya está encima; el tiempo de ayunar es ya llegado, las abstinencias nos van debilitando, y el juicio no viene, ni confesamos nuestras culpas, ni veo que hagamos propósito de la enmienda.

El polvo de tabaco colorado fué tambien en otro tiempo un distintivo de sabiduría. Cuando yo andubé la primera vez por el mundo, el P. Maestro que no traía escapulario forrado con una corza de polvo encarnado, era tenido por un pelafustán, por un lector adocenado; no habia maestro de campanillas sin su cotá de malla de rabaco de polvo; las doctrinas modernas se hubieran estrellado contra aquellas murallas de teología anaranjada, y las narices de aquellos rancios profesores obstruidas en fuerza de sorber ni aun podían oler las máximas de este siglo.

Andando el tiempo cayó en desuso el polvo anaranjado, y se introdujo el rapé, más decente

y menos manchadizo que aquel, pero tambien menos activo. Para hacerle mas grato se inventó despues rociarle con algunas aguas de olor. ¡Con qué lentitud, y con qué suavidad se hacian antes las reformas! Por último uno y otro se desterraron, y se adoptó el convertir en fuego y humo lo que antes se tomaba en polvo; de forma que ya nadie sorbe el tabaco sino alguna otra nariz, que deberia tenerse presente en las próximas elecciones para las propuestas de Senadores como narices de juicio y á propósito para sostener las antiguas leyes fundamentales de España. Y á la verdad que en estos tiempos es bien innecesario el polvo, porque su efecto principal es hacer destilar y fluir, y ahora para llorar y estar siempre de moco caído no necesitamos de estos estimulantes.

Una Cámara de Senadores con sus polvos en la mano parecia estar diciendo á los Diputados: *memento quia pulvis es, et in pulverem revertéris*; mirad que es necesario pulverizar las cuestiones antes de desfiarlas. Y muchos de los jóvenes que hoy se proponen para Diputados, con sus espulines, su vengala y su puño en la boca pareciera contestarles: “estamos en el caso de apretar las espuelas, pegar latigazo, y llevar las cosas adelante á sangre y fuego.”

Por eso es muy útil que haya un Fr. Gerundio que ni fume, ni gaste polvo, para saber sin pasion y á sangre fría conciliar y amalgamar la

antigua madurez española con las modernas necesidades y logosos deseos de la nueva generación.

PEPITORIA.

Encargo (aunque reconozco que debí hacerlo antes) á todos mis suscritores, que tengan preparadas cuantas cazuelas, tazas, horteras, pucheros, ollas, potes ó cántaros puedan para recoger la sustanciosa y variada Pepitoria, que ya á resultar del primer escrutinio de las votaciones de mañana. Ocho ó nueve mil electores parece que tiene esta provincia, y según las candidaturas que he visto andar circulando, me temo que de la primer votacion hemos de tener tres ó cuatro mil diputados, con tres ó cuatrocientos senadores, de mas colores que los del arco iris multiplicados por sí mismos. A lo menos en cada provincia se podia formar fácilmente un tribunal de los quiniientos como en Atenas: ! y dirán que no tenemos hombres! Lo que no tenemos son cuartos. Lo demas estoy viendo que si no hacemos luego luego para el segundo escrutinio lo que se hizo con los libros de mi amigo D Quijote, vamos á tener Diputados y Señadores para representar la España de 1897, con solo irles llamando por mayorías relativas, para sustituir á los que vayan cumpliendo, como se llama en las quintas á los números que siguen para que nunca falte soldado. Veremos si sale la Pepitoria que pronostica Fri. Gerundio.